

Susana Jódar

**EL
NEGOCIO**

SOLO DEBES PASAR DESAPERCIBIDO



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



Nota de advertencia: La historia que leerás a continuación no tiene nada de real. Los personajes y los sucesos no son más que producto de mi imaginación que, a veces, a partir de lo más cotidiano me permite crear mundos paralelos.

Sí que es real la ciudad, Oviedo, pero, por mucho que me esfuerce en la descripción, no podría hacerle justicia. Solo visitándola podréis ver la realidad de su encanto.

PARTE I

La vida no es fácil para la gente como yo, que nos sentimos incomprendidos, solos

A menudo nos esforzamos por encajar, por aceptar la rudeza de quienes nos rodean e intentar vivir con normalidad. Por frenar nuestro instinto

Pero entonces, en cualquier momento o circunstancia, puede surgir el desencadenante que lo precipite todo y ya no haya vuelta atrás

Capítulo 1

ESCORIA

Cosa vil y de ninguna estimación

Marcos

SOMOS LA ESCORIA de la ciudad. Y no es porque lo diga yo, lo sé por sus caras, por cómo nos miran. Los que nos miran.

Pasar desapercibido ante la mayor parte de la población al principio era doloroso: vecinos y familiares vuelven o salen de sus casas y no dirigen la vista a los monos de trabajo amarillos, ni siquiera cuando levantamos la mano para saludar. «Pensarán que son maniobras del camión», me decía para intentar justificarlo.

Al final te acostumbras.

Pero, desde que Tito me incluyó en el negocio, agradezco que nadie me preste atención. Me siento más seguro.

Capítulo 2

SUCESO

Cosa que sucede, especialmente cuando
es de alguna importancia

LOS CHORRETONES DE ketchup de la hamburguesa se deslizaban por su mano izquierda, mientras con la derecha apagaba el cigarrillo en el cenicero del coche, que estaba repleto.

Ya contaba con comer en el McDonald's antes de salir de Valladolid, por lo que había buscado uno con aparcamiento. Aunque no era su idea inicial almorzar en el coche, el haber pospuesto la alarma aquella mañana hasta seis veces había hecho que llegase a la hora de comer.

Había niños de todas las edades, vestidos con equipaciones presididas por grandes escudos y con lemas de ánimo. Algunos gritaban entusiasmados historias de vital importancia y otros mostraban rostros abatidos, todos acompañados de sus familiares, que les mostraban atención y afecto. En un tiempo pasado aquellas situaciones le habían provocado un profundo dolor, y había construido un muro ante ellas hasta llegar a odiarlas.

Había ido a León por una reunión para un posible caso, y deseaba con todas sus fuerzas que mereciese la pena porque, de lo contrario, aquello le garantizaría medio pie en la tumba. Sus ahorros disminuían a diario e intentaba salvar la situación con comida rápida (y barata), apartando siempre el dinero necesario para un paquete de Ducados. Su humor se agriaba a pasos agigantados, y su relación con los hombres era nula desde hacía, al menos, seis meses. O eso creía. Bebía alguna cerveza de más la mayoría de las noches, y había mañanas que no era capaz de

recordar ni cómo había llegado a casa. Era consciente de sus malos hábitos y deseaba encontrar la fuerza necesaria para cortarlos de raíz, pero no había nada que la incentivase a hacerlo. Se había quedado sola en la vida con veintinueve años y desde entonces acumulaba decisiones equivocadas, sin importar el daño que le pudiesen provocar: «Lo peor que me puede pasar es que me reúna de una vez por todas con quienes me importan de verdad».

Buscó el correo electrónico de la mujer, Dolores, para comprobar la ubicación de la cita y arrancó el motor.

Siguió el paseo de Papalaguinda hasta tomar Ordoño II y entró directa a un aparcamiento de pago. Llegaba justa de tiempo.

Encendió otro cigarro mientras caminaba los apenas quinientos metros que la separaban de la plaza de la Regla. Estaba casi segura de que la mujer la había citado en uno de los bares de la plaza de la catedral pensando que no conocía bien el lugar. En los anuncios colgados en internet y en *El norte de Castilla* no había ninguna dirección postal, solo un correo electrónico. No disponía de teléfono fijo, ya que con la cantidad de horas que pasaba fuera de casa no le sería de utilidad, pero, de tenerlo, tampoco lo habría hecho público. Que los potenciales clientes supiesen que vivía en otra ciudad o provincia podía hacer que la descartasen de sus opciones, y no podía cerrar ninguna puerta.

Ya ni siquiera tenía oficina. Prescindir del local había sido de las primeras decisiones que había tomado al coger repentinamente las riendas del negocio de su tío Arturo cuatro años atrás. Le había resultado doloroso, consciente de la pasión con la que él trabajaba y su significado emocional, pero era un gasto que no se podía permitir y, al fin y al cabo, en una casa grande y vacía podía adecuar cualquier espacio para sacar notas y usar el ordenador.

Podía hacerlo, pero nunca llegaba a ello. Llevaba años trabajando entre la cocina, el sofá y el suelo.

En cualquier caso, la mujer se equivocaba. Conocía León, aunque solo fuese el casco antiguo. La tienda Gnomos la transportaba a un lugar de sus recuerdos que, aunque le resultaba muy lejano, aún le sacaba alguna sonrisa. Además, había visitado la ciudad varios años durante Semana Santa, y muchos más las noches de los jueves. La noche de Genarín.

Genaro había sido, y aún era, un personaje famoso en la ciudad. Un hombre que se había ganado su fama en los bares y burdeles de León —algo con mucho mérito al tratarse de la ciudad con más bares del país—, y que había muerto atropellado por el camión de la basura la madrugada del Viernes Santo. En memoria de Genaro se celebraba las noches de Jueves Santo una procesión que era habitual acompañar con alcohol. En su honor, claro.

«Eso no se lo contaré a la señora».

Iva

LLEGÓ A LA plaza y dio una vuelta sobre sí misma. Deambulaban parejas, turistas y un grupo de chicos disfrazados. León era un lugar bastante recurrente para despedidas de soltero y supuso que no serían los únicos que vería de esa guisa. Los observó intrigada para ver como el que, por su atuendo y predisposición debía de ser el novio, se arrancaba a bailar una especie de sevillanas. Los amigos lo acompañaban con las palmas, formando un espectáculo de lo más bochornoso. Sintió una pizca de envidia por esa libertad y felicidad compartidas, algo que en sus treinta y tres años no creía haber experimentado jamás, pero apartó el sentimiento enseguida y se enfocó en su misión.

Tras las grandes letras que anunciaban el nombre de la ciudad pudo reconocer a una mujer que miraba en todas direcciones y se colocaba el reloj, nerviosa.

Se acercó sin mirarla directamente, con el objetivo de sorprenderla.

—¿Dolores? —preguntó al situarse justo a su lado.

La mujer dio un respingo y se volvió para observarla de arriba abajo. Su expresión se transformó, aunque Iva no supo determinar qué estaba pensando.

Asintió con la cabeza y le indicó que la siguiese hacia una de las terrazas de la plaza. Cuando el camarero se aproximó, la

mujer dijo que no tomaría nada y le hizo una señal para que ella pidiese lo que quisiera. Por un momento Iva pensó en imitarla, pero se dio cuenta de que dejaría al camarero totalmente descolocado y prefirió evitarlo.

—Un café solo, por favor.

Intentó ser agradable con el chico, tratando de remediar la descortesía de su acompañante.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Iva esperó con calma aquellos segundos, dejando que la mujer se preparase. Recorrió la plaza con la vista en busca del grupo de la despedida, pero ya se habían ido. Cuando el camarero volvió con el café, le hizo un gesto de agradecimiento que él le devolvió. La mujer mantuvo el mutismo durante unos segundos más tras su marcha hasta que se revolvió en el asiento para abrir el bolso y extraer algo de su interior. Iva reconoció una fotografía, pero esperó, paciente, mientras la mujer la observaba unos segundos antes de ofrecérsela.

Cuando se sintió preparada, Dolores posó la imagen sobre la mesa y la deslizó con los dedos, sin dejar de mirarla, hasta ponerla al alcance de la vista de Iva, que encendió otro cigarrillo antes de centrar toda su atención a lo que estaba por venir.

Iva levantó la foto con la mano izquierda y se la acercó a los ojos. Mostraba a una chica sentada a la mesa de un restaurante. La joven tenía unos rasgos bastante comunes, ojos y cabello oscuros y tez morena. Sonreía divertida a quien estuviese acompañándola en aquella ocasión.

Dio varias caladas al cigarro a la espera de que Dolores tomase la palabra y mantuvo la vista fija en la fotografía. La chica era guapa, pero no llamaba demasiado la atención.

Las facciones tan corrientes le hicieron pensar que hasta podía parecerse a ella misma. «En tiempos mejores, claro». Antes de perder la energía que le quedaba y comenzar su particular caída libre. Hacía tanto y tan poco tiempo...

Lo único que diferenciaba a la joven que la miraba desde el papel del resto de mujeres de entre veinte y treinta años era su corte de pelo. Por debajo de la oreja y algo arriesgado, marcaba la diferencia.

—Es Dolo, mi nieta.

Levantó los ojos para fijarlos en la mujer, que se sujetaba las manos tratando de retener un temblor. Llevaba el típico peinado de señora mayor, cardado, corto y de un rubio casi platino.

—Necesito que la encuentre, por favor.

El trabajo de Iva consistía en encontrar a gente: familiares perdidos, posibles herederos, parejas que se desentendían de las pensiones de sus hijos... Estaba acostumbrada a recibir poca información, quizá el último paradero conocido de la persona o contactos que pudiesen conocer su ubicación.

Quienes la contrataban rara vez le decían el motivo de la búsqueda, pero las frases tan escuetas de Dolores no le estaban sirviendo de ninguna ayuda.

Tras otro par de minutos en silencio comprendió que, salvo que hiciese preguntas concretas, aquella mujer no iba a ofrecerle información realmente útil.